

Cuadernillo de Poesía Colombiana

No. 85

Blanca Isaza de Jaramillo Meza

Ediciones de Universidad Pontificia Bolivariana

BLANCA ISAZA DE JARAMILLO MEZA

Por Javier Gutiérrez Villegas

Desde la remota infancia, en los nativos breñaes abejorraleños, oímos hablar de Blanca. Nuestra generación se abrió paso, por los vericuetos del alfabeto, a la lumbre de sus páginas inefables. Un maestro, de la estirpe de aquellos Betancures que tanto lustre dieron a la educación, abandonaba los viejos manuales de lectura para ofrecernos, en bella y torneada caligrafía, sus modelos magistrales, en prosa y en verso. Desde entonces nos es familiar su itinerario, silenciado ayer, en los puertos de la muerte. Las rancias virtudes de sus mayores, la sabiduría simple, el amor a las cosas elementales, el culto a la belleza, la constancia, la dulcedumbre provinciana, atributos de alma grande, lo enmarcaron, con privilegiada abundancia.

El Departamento del Sur, el desmembrado Caldas de hoy, fue, en gran parte, obra titánica de nuestros paisanos. Fueron abejorraleños, sonsoneños y marinillos quienes, recua adelante, la cruz y el hacha como insignias, rompieron la selva, hollaron los cristales del Ruiz y erigieron, sobre cumbres y abismos, la capital hidalga. Así, dice Jorge Isaacs, así nació Salento y Manizales fue. En busca de mejores tierras, hechizados por la fama del Quindío, nuevo Dorado para la raza aventurera y andariega, alzaron tolda, por todos aquellos confines. Abejorral era, de otro lado, ruta obligada hacia el interior del país. "Irse para arriba" era domar la cordillera, trepar a Aguadas y a Salamina, llegar a Manizales y seguir camino abajo, hacia el paraíso del café. Se requería vencer la hondonada del Arma, calificada por Uribe Angel de "terrible", por ser acaso, lo más doblado y cerril de la geografía antioqueña. Muy niña, Blanca siguió aquella vía de fundadores. En alborozada página de añoranzas nos relata su tránsito, a espaldas de un peón, atada con cintas, al fondo de una silleta de madera.

Como tantas cepas antioqueñas, aquélla halló en Caldas, nueva patria. Blanca formó con Juan Bautista Jaramillo Meza, antioqueño también y hermano suyo en el arte, la que Guillermo Valencia llamó "excelsa pareja lírica". Desde entonces, la ciudad de Manizales fue cálido hogar, sede de sus afanosas inquietudes mentales, escenario de todos sus quehaceres.

La casa de la familia Jaramillo Isaza fue, por muchos años, tertulia de puertas francas. Por allí desfiló lo más selecto del saber y del pensar: escritores y pintores, músicos y escultores, políticos y gobernantes. La biblioteca fue cátedra viva. Riquísima en sus tesoros, allí enfilaban

incontables obras, dedicadas por los propios autores. Siempre nos sedujo, enmarcada en fina moldura, la consagración de los poetas, por el Maestro Valencia. Al pie de un retrato suyo, en su época triunfal, con fino pulso consignó el payanés su juicio respetable. Ningún recuerdo guardaron, con tanto celo, como las cartas adoloridas de Barba Jacob. Jaramillo Meza y Blanca fueron su oasis. Hasta allí llegó un día del año 28, carcomido de torturas físicas y torcido por la pobreza y la incomprensión. La casa de Manizales fue su casa. Hasta el día en que, de regreso a México, abandonó la patria, para ir a morir, tuberculoso, en un hospital.

Esta casa, nos dijo un día Blanca, es todo nuestro patrimonio. Tiene basamentos líricos y pilares líricos y tejas líricas. La hemos levantado, Juan Bautista y yo, con el fruto de nuestra pluma. Era todo su orgullo. Con aquella descendencia adorable y múltiple, los libros confidentes, los cuadros antiguos, los recuerdos de familia, el ámbito poblado de caras memorias. Modelo de hogares, suave remanso, arcadía al fin, de espíritus selectos. Y arriba un retazo de sol y por patios y corredores, flores y pájaros, encanto de aquella enamorada de la naturaleza.

Repetidamente se ha comparado a Blanca, con Gabriela Mistral. En su profunda modestia, aquel parangón hería a quien no deseaba salir de la órbita ínfima de sus querencias, del mínimo recinto provinciano. Las hermanas, sin duda, la tersura del verso, la sencillez, la transparencia, la sutil onda del sentimiento. Y los afectos gemelos, dispuestos a pulsar la cuerda ante los troncos del amor materno, el reclamo infantil, la abscondita belleza de las cosas, el encanto universal.

Desde hace años, el dolor se había cebado en aquel hogar. Y la poetisa, constante seguidora de Cristo, se cosió, definitivamente a la cruz. A sus pies nacieron, consteladas de santa resignación, signadas de agudas púas, empapadas en sangre, sus últimas páginas.

Dejó, sin duda, muchas obras inéditas. En la revista "Manizales", mes por mes, nos legó, hasta ayer, su terso mensaje literario. Su obra completa (mas de 10 volúmenes), es de las más copiosas y finas que puede exhibir un letrado y ocupa, con justa razón, sitio decoroso en el panorama de las letras castellanas.

Aunque la muerte la sorprendió, inesperadamente, Blanca la presentía. Y la cortejaba con la serena impavidez de los justos: "Y llegará por fin una mañana, - igual a tantas otras, - llena de claridad y florecida - de pájaros y rosas. - Pero yo estaré quieta, - dormida entre mi caja de caoba, - con las manos cruzadas y en el labio, - ya la palabra rota"

CANTO A ANTIOQUIA

Qué grato es evocar en el otoño,
con el humilde corazón en fiesta,
el paisaje de rosas y laureles
de la Antioquia materna.
Qué música en sus ríos,
qué fragancia en los pinos de la sierra.

De la soberbia cima platinada
que fuego y oro entre su entraña lleva
y es mirador augusto de la patria
que el ala de los cóndores orea,
miro al valle feliz que prende al hombro
de su capa torera
broches de gualandayes y pompones
fúlgidos de libélulas,
al valle promisor donde fue fácil
que la planta de Dios se detuviera.
Si fue fulgor nostálgico en mi canto
el recuerdo amoroso de mi tierra.

Voy hasta el corazón iluminado
de la ciudad que encierra
la ilusionada clave del futuro,
de la que en justa síntesis serena
alza sobre sus fábricas ruidosas
del arte la bandera;
pueblo, crisol de amor en que se funde
con oro de emoción y de belleza,
con bronce de altivez y de trabajo
el molde austero de una raza nueva.

Desde la infancia azul traje en el alma
como un floral esquema
desdibujado en nácar y cobalto
el alegre paisaje de mi tierra;
la gracia primordial de la mañana
niña que se entretiene por los sierras
abriendo en el verano
su millón de sombrillas japonesas,
que respunta con hilos de topacio
el vuelo musical de las abejas;
y me traje las tardes
de sandalia violeta
que vuelcan en la paz de las colinas
sus ilusorias cestas
de ópalos, colmadas

de bugambiles y de veraneras;
y no olvidé las noches
fragantes de pomares,
randadas de luciérnagas,
noches propicias al cantar y al puro
vuelo de las ideas.
Qué renovada luz en los paisajes
de espigas y de robles de mi tierra.

Ah, Medellín, ciudad que en abolido
y castellano gesto de nobleza
escucha entre el vibrar de los motores
la frágil melodía del poema;
rica ciudad del oro y de la industria
que en medio a su titánica tarea
corta en jardines de emoción las rosas
para ceñir la sien de sus poetas,
y prende al caduceo de Mercurio
las alas de cristal de la quimera.
Te labraron en piedra y en espíritu,
ciudad blanca de América.

Canaán de la raza, ennoblecida
por la fe y el amor, hidalga tierra
que por seguir la lírica consigna
del hijo del dolor y la belleza,
el dulce ruiñeñor alucinado,
el hierro invicto entre las manos lleva
con donairoso gesto,
porque a su cuello de titán le pesa.
Juntas al brazo vencedor de Esparta
el armonioso corazón de Atenas.

Retoco con pinceles de recuerdo
la estampa pintoresca
de mi nativo pueblo; las colinas
que vestía en azul la primavera
con sus olanes claros, los jardines
que ardían en un fuego de camelias,
los huertos providentes,
los toches de azabache y de candela,
el viento que pasaba
cantando sus maitines en las eras,
la iglesia que entre un vuelo de palomas
destacaba su torre plateresca,
la ingenua serenata que gemía
nostálgicos pesares en la reja,
la paz llena de risas
de la antigua casona solariega

y en su morena gracia castellana
esa amorosa imagen de la abuela,
que pasó por mis años infantiles
blancos el corazón y la cabeza,
Tierra donde afianzaron mis mayores
su estirpe de cristianos y poetas.

De la ciudad que un símbolo fraterno
en el escudo nobiliario lleva,
y a cuya sombra tutelar mi mano
fijó en amor la lona de la tienda
y cosechó con desvelado empeño
dolor de espino y gozo de reseda,
yo te saludo, Antioquia,
en la gracia floral de tus mujeres,
sulamitas morenas
que copiaron la euritmia de su paso
al rítmico vaivén de tus palmeras;
que llevan en sus labios
la dulzura inicial de las colmenas
y en las hondas pupilas el embrujo
de tus noches de música y estrellas.

Yo te saludo, Antioquia, en el orgullo
de tu raza procera
y de tus tradiciones de heroísmo
y del verbo augural de tus poetas;
te saludo en tus ríos y en tus cumbres
que florece de nardos la neblina,
en el bosque de piedra
que forma la orgullosa arquitectura
de tus alegres fábricas modernas,
en el agro fecundo,
en la idílica paz de tus aldeas,
en tus varones de prestancia criolla
y en tu sabor arcaico de leyendas.

En el léxico puro del carifio
la voz de gratitud que tradujera
lo que mi alma siente
humilde el labio en su emoción no encuentra.
Pasa por mis jardines otoñales
un aire de palomas y violetas.
Si ya de nueva claridad ungido
en el rito de gloria de mi tierra,
hasta el límite blanco del invierno
irá mi corazón en primavera.

CANTO A MANIZALES

Qué bien que te fundaron los abuelos,
esos hidalgos de ascendencia vasca
que de acero y de lino parecía
que tuvieran el alma,
humilde y fraternal como la espiga
y dura como el hierro de la lanza.

Qué bien que te fundaron los abuelos
de frente al porvenir, abierta y clara.

Desde la Antioquia maternal vinieron
a la conquista de la selva brava;
nobles aventureros que traían
en la homérica hazaña,
la fe en el corazón y el brazo fuerte
tendido al sol, que sólo manejaron
como invencibles armas
a lo largo del bosque de la vida
el rosario y el hacha.

Qué bien que te fundaron en la cumbre
ciudad iluminada.

No sé si te dejaron extendida
del Ande en la soberbia escalinata
como un manto andaluz, o si galantes
te prendieron igual que una medalla
al traje esmeraldino
del viejo abuelo de peluca blanca.

Pero se ven más claros los luceros
desde tu altura, mi ciudad amada.

Los creyentes hidalgos campesinos
te fundaron tan alta
para que se pudiera contemplarte
de todos los confines de la patria;
encima de tus cúpulas altivas
sólo el vuelo del ala platinada
que vence las tormentas
o el vuelo de las águilas.

Qué resplandor de nácar damasquina
tu concha de montañas.

Si en titánico empeño has dominado
esta geografía dislocada

de abismos y vertientes,
de riscos y hondonadas,
es porque en ti afianzaron los abuelos
el indomable orgullo de la raza.

Joven ciudad ilustre
sobre el pavés de la ambición alzada.

Eres cordial y buena como el trigo;
limpia de pequeñez como la espada
con que Rodrigo de Vivar un día
cruzó por la leyenda castellana;
hinchida de promesas como el oro
que es rubia sangre de tu oscura entraña,
docta como Minerva,
ligera y juvenil como Atalanta.

Ah, mi ciudad, que al hierro y al cemento
mezclás la rosa y la canción y el ala.

No sé si es más hermosa
tu estructura severa
al resplandor de la celeste fragua
en que el ocaso quema
el añil y la púrpura y el gualda,
o cuando tus jardines son alfombras
tejidos de claveles
para el pie de jazmín de la mañana
que cubre con sus chales sevillanos
los hombros de las cumbres níqueladas.

Ciudad de los paisajes que se quedan
hechos luz de recuerdos en el alma.

Cómo olvidar un día,
cuando con sus banderas desplegadas
llegaron las legiones del estrago
bajo la noche aciaga.
Y al avance anarquista
del fuego, en tu dolor purificada,
eras vívida antorcha de martirio
entre la sombra trágica.

Fuiste entre el esplendor de tus alcores
un nuevo alcor de llamas.

En cárdeno oleaje eras un débil
barco que naufragaba,
un cinturón candente de rubies
ceñido al talle azul de la montaña;

desde tus torres góticas
vasto clamor alzaban
en medio a la locura del incendio,
—bronce y oro y angustia— tus campanas.
Qué resplandor siniestro el que tenía
en tus columnas mútilas el alba.
Ante el flagelo de la dinamita
toda indefensa de pavor temblabas;
contra el cielo de cobre parecías
como un bosque de encinas escarlata,
una fúlgida selva sacudida
bajo implacable racha,
por los salvajes potros del espanto
en un galope bárbaro cruzada.

No en vano te fundaron en la altura
de frente al porvenir y a la esperanza.

Fiel a los postulados de heroísmo
de las gloriosas épocas pasadas,
la tradición ilustre del derecho
has mantenido intacta.
Ah, mi ciudad, que has sido
soñadora y gallarda,
lista a prender la rosa del romance
sobre la empuñadura de la espada.

Qué bien que presintieron los abuelos
el noble escudo de tu puerta franca.

Moderna y deportista y jubilosa,
en piedra, en sueño y en virtud labrada,
para la sien de los atletas cortas
en tus jardines las esquivas palmas.
A la cálida arena del estadio,
cual un trofeo tu entusiasmo lanzas;
como a la antigua Atenas, te saludan
los héroes de la olímpica jornada.

Por algo te fundaron los abuelos
en donde el viento de las cumbres canta.

Tienen nórdico encanto tus paisajes
cuando la niebla pasa
posando en el frescor de tus colinas
su ligera sandalia;
y en el júbilo ardiente del verano
eres floral y pintoresca y grata
y luces capelinas de geranios
y mantones de sedas estampadas.

Ah, mi ciudad, que viste
blanco y azul como las colegialas.

Compartes el dolor de los vencidos;
a los que en las inhóspitas barriadas
en el silencio apuran su miseria
como un áspero jugo de retamas,
en discreto ademán tiendes la mano
que la piedad exalta,
y floreces de lirios los zarzales
tal como en la parábola cristiana.

Qué bien que te acendraste en la dulzura
eterna del Sermón de la montaña.

Es tuyo el porvenir: el Arte escuda
tu historia de martirio jalonada
y acompasa la música del verso
al acerado ritmo de tus fábricas.
Tuyo es el triunfo y tuyos los caminos
nuevos y luminosos del mañana,
crisol en que se funden los metales
insignes de la raza.
En el rizado mar de las colinas,
nave en reposo te quedaste anclada.

Se llevaron tu imagen los abuelos
lo mismo en las pupilas que en el alma.

TU Y YO

Juntos miramos el invierno, y llega
de este paisaje en blanco una dulzura
que nos recuerda la inicial ternura
con que al ensueño el corazón se entrega.

Aunque la tarde a la distancia pliega
sus abanicos de fulgor, perdura
la luz en nuestras vidas, y madura
está la mies para la augusta siega.

Fuimos al arte y la belleza fieles,
cosechamos espinas y laureles
en el azar de la jornada intensa.

La muerte apenas separarnos puede
y qué congoja sentirá el que quede
solo en el borde de la noche inmensa!

EMOCION MATINAL

Hay una luz cordial y un aire fino
que tienden una gasa luminosa
sobre el paisaje dibujado en rosa,
y en cobre ardiente y en azul marino.

En el amplio horizonte cristalino,
niña descalza, la mañana posa
los leves pies de nardo, en la gozosa
estampa pastoral de un gobelino.

Cual la mínima gota de rocío
copia todo el jardín en miniatura,
quiere copiar el pensamiento mío

este sol, este valle, esta armonía
y esta lírica savia de dulzura
que nutre el árbol de la poesía.

A T A R D E C E R

Tiene la hora el amoroso encanto
de un poemario de Ronsard; parece
que la tarde estival que palidece
deja olvidado en el palmar su manto.

Hora propicia a la elación del canto;
un viento suave los pinares mece
y a lo lejos la luz se desvanece
en una perspectiva de amaranto.

Ante el postrer fulgor evanescente
en humildad mi corazón presente
que se aproxima el tiempo de la siega.

Se va la claridad de mi sendero,
pero el milagro del primer lucero
al horizonte y a mi vida llega.

LOS GUALANDAYES

Con estos gualandayes florecidos
parece arder el aire; una dulzura
elemental aflora la ternura
reminiscente de los tiempos idos.

En lila y en azul desvanecidos
es cual si navegaran en la altura
claros veleros de trivial hechura
por infantiles manos conducidos.

De la palmera el musical desgonce
le da a la móvil lámina de bronce
del lento río, una ilusión de encaje.

Alzan los gualandayes su bandera
y es como si la tarde estableciera
su cuartel general en el paisaje.

NOCHE DE ENERO

Puesto al desgaire su mantón fiestero
bajo la noche azul por las colinas
y sobre las fogatas campesinas
salta la brisa musical de enero.

El oro antiguo del primer lucero
filtra sus claridades opalinas
por entre las fugaces muselinas
que el viento rompe con su pie ligero.

Acompasan los últimos cantares
la rapsodia del viento en los pinares
y del río las finas barcarolas.

Mientras la noche confidente avanza,
con el amor, la pena y la esperanza
está por fin mi corazón a solas.

DULZURA DEL RECUERDO

Mientras —notas de un vivo pentagrama—
las golondrinas con su breve vuelo
rayan el lapislázuli del cielo,
ansiosamente el corazón te llama.

Torna al hogar mi espíritu que ama
todas las cosas dulces; claro velo
de nardo y de jazmín y de asfodelo
flota sobre el abierto panorama.

Hay una paz eglógica que viene
con esta fuga de la luz, y tiene
yo no sé qué recóndita emoción.

Agiles vientos los guadales rizan
y en el silencio augusto fraternizan
el río y el azul y mi oración.

LA HORA ILUMINADA

Esta luz invasora en el paisaje
trae hasta mi recuerdo la **dulzura**
de la infancia lejana, y esa pura
simplicidad que del ayer me traje.

Bajo la marquesina del ramaje
el arroyo en cristal se transfigura,
y a solas con los písamos murmura
cual si rezara al iniciar el viaje.

Los guayacanes en la copa ardiente
de su maravillosa florescencia
se roban todo el oro del poniente.

Y pienso que este tono de violeta
y este sol y esta honda transparencia
fueran el sueño de un pintor poeta.

NOCTURNO

La noche baja por las cordilleras
prendida al hombro fúlgido la rosa
última de la tarde. En armoniosa
genuflexión se inclinan las palmeras.

Arden a la distancia las hogueras
de las futuras siembras; melodiosa
la brisa se columpia en la gozosa
curva de las floridas veraneras.

Al amor de la noche veraniega
mi dolorido espíritu se entrega
a devanar la seda del recuerdo.

Y en la sombra de estrellas facetada,
con el alma en angustia depurada
y a flor de labio la canción, me pierdo.

LAS MONTAÑAS

Cúpulas de soberbias catedrales
en donde gusta de enastar el día
como un guerrero joven, la osadía
fugaz de sus banderas imperiales.

Bastiones que con trazos desiguales
cortan la iluminada lejanía,
y encierran en su alegre geometría
paraísos de orquídeas y rosales.

Esta raza antioqueña que se empina
en sus montañas fértiles, domina
los horizontes de la patria, y tiene

el alma buena tras el gesto duro
y hacia el mañana incógnito el seguro
paso marcial que su altivez sostiene.

MADRE TIERRA

Madre Tierra que tienes
en el fértil regazo florecido
clave de eterna juventud, sostienes
con igual armonía,
madre maravillosa,
desde la copa del volcán que es rosa
de fuego en los jardines del espanto,
hasta la candorosa geometría
del nido —copa exigua—
que hace sonora la virtud del canto.

Madre Tierra que vives ataviada
como para las fiestas estelares,
con el traje de baile de los mares
y el amarillo chal de los desiertos
bordado con macizos de palmera.

La tormenta te clava
sus peinetones de oro
sobre la testa brava;
a tu capa de noche
prende la luna su ambarino broche,
te enjoya de amatistas el ocaso,
te cosen las cascadas
diáfanas alamares
y el escarpín de raso
te calzan las nevadas
extensiones polares.

Madre Tierra, tu entraña generosa
labora sin fatiga
y a nuestro afán constante
te brindas toda entera y numerosa,
lo mismo en el milagro de la espiga
que en la policromía de la rosa.

Nada altera tu ritmo; reverdeces
bajo el galope rudo
de las cuadrigas locas del estrago;
la misma gracia ofreces
en la montaña que su lomo enarca,
en la redoma de zafir del lago
y en el pérfido vidrio de la charca.

Cordial y resignada
no gimes bajo el golpe de la azada

con que tu seno maternal herimos
y como en una nueva eucaristía
nos das tu sangre toda en la ambrosía
y el purpúreo frescor de los racimos.

Parece que llevaras escondido
el resplandor solar en las entrañas
cuando al tajo sonoro
de la piqueta, en el basalto herido
surge la vida floración del oro.

Poderosa alquimista
que la apretada noche de la hullera
puntuas con la arista
vívida del diamante y atesoras
en la esmeralda el esplendor marino
y en la perla el rubor de las auroras.

Te añías en la tarde de verano
bajo el poniente de cromado lila
que te da el virgiliano
tono feliz de frutecida estampa,
y es amorosa tu virtud tranquila
en el ombú perenne que vigila
el oleaje verde de la pampa.

Por tu amor, en las noches armoniosas,
en la florida paz de los jardines
arden en juego blanco los jazmines,
son incensarios de marfil las rosas,
te riegan las luciérnagas en fuga
su limalla de estrellas en el manto
y tú, madre, nos haces
más honda y dulce la emoción del canto.

Ríes cuando te ciñe Primavera
sus asiáticos tules
franjados de libélulas azules,
tiemblas bajo la antorcha
viva de tus volcanes
y desriza tu fértil cabellera
el abanico de los huracanes.

Humilde y vigilante,
por nuestras manos fuertes roturada,
nos das el pan y el vino en la constante
oblación de tu entraña inagotada.

La vida multiforme
entre la hondurá de tu seno fragua;

tú nos das la uniforme
gracia pura del agua,
servidora discreta,
dúctil y cristalina,
que azula el corazón de la violeta
y glorifica el palio de la encina.

Madre Tierra armoniosa,
que cuando ya cortemos
en los vastos trigales de la suerte
el haz de luz de la postrera espiga,
en tu regazo maternal hallemos
amoroso descanso a la fatiga
y que tú, madre fuerte,
nos florezcas de blancos crisantemos
los áridos collados de la muerte.

MOTIVO OTOÑAL

Desde este sitio amable del sendero
donde al amparo gris de la otoñada
la móvil tienda se quedó afianzada
libre de iluso afán aventurero,

miramos hacia atrás: postrer lucero
fija aún con tachuela platinada
la cesta de cristal de la alborada
sobre el collado del amor primero.

El paisaje otoñal que está delante
ofrece intacto el esplendor joyante
del matiz inicial de la esperanza,

y que ya somos viejos comprendemos
sólo por la emoción con que ascendemos
el mirador cordial de la añoranza.
